

| | | | |
|---|--|-------------------|---|
|  | INSTITUCIÓN EDUCATIVA HECTOR ABAD GÓMEZ | |  |
| | Proceso: CURRICULAR | Código | |
| Nombre del Documento: Planes de mejoramiento | | Versión 01 | |

| | | | |
|------------------------------|-----------|--------------|--------|
| ÁREA/ ASIGNATURA | FILOSOFÍA | GRADO | OCTAVO |
| PERIODO | PRIMERO | AÑO | 2023 |
| NOMBRE DEL ESTUDIANTE | | | |

LOGROS /COMPETENCIAS:

- Aplicar algunos conceptos de la filosofía a lectura de textos literarios y argumentativos básicos.
- Construir un pensamiento libre a partir de los cuestionamientos que propicia el saber filosófico en su relación con las cuatro habilidades básicas.

EL PLACER QUE NO TIENE FIN

(tomado y adaptado de un ensayo de William Ospina)

Contar historias a los niños es una de las más poderosas maneras de expresar el amor que se siente por ellos. Los niños no sólo oyen la historia, también sienten que alguien se las está contando. Ese hecho es importante, porque uno de los frutos de esa magia fue siempre el amor y la gratitud que los niños sienten por esos seres que les hechizan sus noches, y yo puedo dar fe de que es uno de los afectos más duraderos que existan. Desaparecen las personas, se borra incluso el recuerdo de su rostro, y sin embargo no se apaga nunca el hilo cordial de esa voz que sigue arrullando los sueños, que sigue avivando la imaginación, que sigue despertando en nosotros una inagotable simpatía por lo humano.

Esa misma dulzura, esa misma gratitud, la saben despertar los más curiosos objetos que la humanidad ha inventado para compartir y transmitir sus historias: los libros. Siempre recuerdo que Borges, lector agradecido desde su infancia, sentía como amigos personales a los autores que había leído en la biblioteca de su padre, y siempre habló de ellos como de seres con quienes hubiera tratado personalmente, viejos interlocutores. No sé si esa amistad la sepan despertar los prodigiosos objetos, las pantallas locuaces que ahora hemos fabricado para que cuenten las historias, pero lo dudo. Tal vez ahora se consigue el propósito de dar relatos fabulosos a los niños, y a los grandes, pero no de producir en ellos la conciencia de que éste es un cálido don que alguien nos entrega. Ese carácter misterioso de los libros es una de las primeras cosas que hay que interrogar, porque a pesar de ser objetos, logran transmitir la calidez de las personas, establecen un diálogo, influyen sin abrumar, relatan sin avasallar la conciencia, saben seguir el ritmo que el lector les imponga, saben hablar y saben callar, y guardan sus tumultos tremendos en un silencioso lugar de los estantes hasta el momento en que sea el lector quien los solicite.

Pero los libros, por decirlo así, competían desfavorablemente con esa voz cálida y personal que en tiempos antiguos, o sea, en la primera edad de todos los seres humanos, era el rumor mismo

de la imaginación. Cuando, en la segunda mitad del siglo xix, Alicia se perdió por los sueños detrás de un conejo que miraba insistentemente su reloj, ya había pronunciado una de las frases más típicas de nuestra época: ¿de qué sirve un libro sin ilustraciones? Lewis Carroll, el autor de aquel relato, fue consciente de que esa misma historia que él les contaba a sus amigas en las tardes de verano de Inglaterra era verbalmente tan intensa, que al convertirse en sólo palabras escritas perdía un poco de su poder, parecía necesitar de algo más para cautivar inicialmente la atención de los niños. La tradición es sabia, y nunca hubo mejor compañía para las palabras abstractas, que invocan continuamente a la imaginación, que ese juego de imágenes sugestivas, las ilustraciones, que, en lugar de competir con los textos, en lugar de repetir minuciosamente todo lo que éstos ofrecen, son una atmósfera mágica añadida a ellos, un fragmento del mundo de los sueños dando unas pautas iniciales a la imaginación.

Es bueno preguntarse si para la conciencia profunda del ser humano tiene alguna importancia sentir de dónde nos llega esa dádiva de fantasías y de historias conmovedoras. Si en la labor inicial de despertar la fantasía, de alimentar la capacidad de soñar, de producir los primeros asombros y los primeros terrores, es importante reconocer la fuente de esas emociones. Porque en ninguna actividad humana es bueno que esté ausente la calidez de lo humano. En una época en la que tendemos a estar separados de los demás de tantas maneras distintas, en que la vieja costumbre de la proximidad de los cuerpos parece volverse algo temible, en que parece mucho más fácil establecer comunicación con alguien si se encuentra a mares de distancia que si está junto a nosotros, es importante distinguir entre los objetos que realzan la importancia de quien los usa y los objetos que subordinan a los seres humanos hasta hacerlos casi indiferentes. Hay objetos que nos comunican con el mundo y objetos que nos aíslan. Hay objetos que saben respetar nuestro ritmo y objetos que nos imponen el suyo. Hay objetos que nos hacen desdeñar o rechazar lo que está cerca, y en cambio le conceden siempre la prioridad a lo que está lejos. Y algunos de esos objetos amenazan, diría yo, con convertirnos en esquivos animales de sangre fría.

Hablaba también de la importancia del ritmo en que nos llegan las historias. No hay ritmo que esté tan cerca de nuestras experiencias profundas y, diría yo, de toda nuestra vida anímica, como el orden corriente del lenguaje. El cine es un arte deslumbrante que cuenta cosas de un modo muy eficaz y muy rápido, pero para ello tiene que limitar su duración en el tiempo, y son muy pocas las personas que soportan más de una película de hora y media por día, porque su condensación y su velocidad casi exceden nuestra capacidad de asimilarla. Las técnicas de la época juegan en muchos campos distintos al curioso juego de acelerarlo todo, de cortejar la fragmentación, de orillar el vértigo. Si son los lenguajes de la época, por algo será, y no me cabe duda del placer que producen. Conozco niños de 10 años que no sólo disfrutan viendo *The matrix*, y la entienden (cosa que requiere, si ello existe, verdadera inteligencia moderna), sino que tienen culto por esa película, la han visto muchas veces y conocen todos sus rincones y sus movimientos como un taxista conoce una ciudad o un músico una sinfonía.

Pero puedo advertir que se trata de buenos lectores, y que seguramente tienen esa capacidad de percepción y de comprensión porque han sabido recibir previamente la lección del lenguaje y el don de la fantasía de un modo más lento, más eficaz y más cálido. Y si bien quien tiene 10 años también puede deleitarse escuchando la voz que narra las historias, es muy probable que su formación en este sentido ya haya conquistado lo principal, y que ya esté cómodamente instalado en esa otra felicidad que es la lectura.

Yo diría que la principal diferencia entre el cine y la lectura radica en que el cine es

fundamentalmente un arte de la percepción, y la lectura un arte de la imaginación. Con ello no digo que ante el cine no tengamos que imaginar, pero evidentemente el lenguaje verbal es mucho más abstracto y es mucho más lo que tenemos que imaginar, mucho más lo que tenemos que inventar leyendo un libro que viendo una película.

En ello se cifra también la capacidad de supervivencia de los libros. Recuerdo que hay una suerte de objeción de Friedrich Nietzsche sobre el teatro. El filósofo decía que a él le gustaba más leer a Shakespeare que ver representado a Shakespeare. Porque cuando lo veía, estaba obligado a aceptar que esa dama que tenía al frente era Ofelia o Desdémona, que esa mujer vociferante era Lady Macbeth, que ese joven quejoso era Romeo, que ese que estaba viendo era Ariel, un personaje difícil que, como bien dijo Auden, está hecho de música. En cambio, cuando leía, él podía decidir cómo era el ritmo de Ofelia, la voz de Romeo, el estilo de Porcia. Es decir, lo que le gustaba de los libros es que no pueden darnoslo todo, que le hacen mayores exigencias a nuestra imaginación, y que por ello nos reclaman ser también creadores, poner en juego nuestra memoria y nuestro propio ritmo personal.

El lenguaje verbal es abstracto, nos da palabras, pero no imágenes, ni escenarios, ni trajes, ni colores. Creemos en los caballos, pero allí no están los caballos. Creemos en los ejércitos, pero allí no están los ejércitos. Creemos en una pareja de enamorados que agonizan, pero allí no están los enamorados. Hay sólo viejas palabras que se suceden en viejas páginas, a veces unas cuantas ilustraciones matizan nuestra percepción de los hechos, pero no nos imponen toda la minucia de lo real, todo el torrente de la acción, y sin embargo vivimos tan plenamente la historia que se nos cuenta, que a veces hasta nos permitimos reír o llorar por lo que pasa. Claro que es hermoso el teatro, claro que es prodigioso el cine, pero algo en nuestra imaginación quiere también un mundo de grandes libertades, y tal vez Nietzsche tenía razón en decir que el arte, cuanto más abstracto es, más nos obliga a ser creadores, más pone a prueba nuestras facultades y más nos permite disfrutarlo de un modo personal. Y por fortuna hay en la vida espacio suficiente para el cine, en cuya elaboración participan tantas personas como en la construcción de una catedral; para el teatro, en cuyo montaje se requieren tantos talentos, y al que asisten tantas personas, y para la lectura, que es una especie de película interior en la cual, obedeciendo a un guion básico, cada uno de nosotros es el productor y el director, el proveedor del casting y del vestuario, el autor de la escenografía y el manejador de las luces, el creador de la banda sonora y el realizador de los efectos especiales, sin dejar de ser, por supuesto, también el público.

¿Por qué es importante que nos cuenten historias o que nos las lean en nuestra primera época de formación? Conozco numerosas personas que saben leer, en el sentido de que saben descifrar un escrito, enlazar las vocales con las consonantes y entender las frases. Esto puede servir para comprender mensajes breves y frases de periódico, pero están muy lejos de lo que se necesita para comprender un relato bien tejido. Para leer bien no basta la técnica: se necesita la emoción, el ritmo y la entonación que permita extraer de lo que se lea toda la intensa realidad, todos los estados anímicos, todo el colorido que el texto puede ofrecer. Ello sólo puede darlo el ejemplo, y se diría que el ejemplo temprano. Me atrevo a afirmar que, si alguien es capaz de leer en voz alta un texto con buena entonación y con buena dosificación de las emociones, será capaz de extraer de él todo el jugo de delicia que contiene, y por supuesto, será capaz de compartirlo, de transmitir el placer de la lectura.

Leer es vivir lo que se lee, leer es dejarse conducir por el texto, leer es casi convertirse por un rato en lo que se está leyendo. Borges decía que quien pronuncia una frase de Shakespeare es,

literalmente, Shakespeare. Pero ello sólo puede aprenderse por el contacto cálido con alguien que nos transmita esa claridad y esa emoción. Sólo así se logran esos buenos lectores que son capaces de abandonar un texto. Porque pienso que los buenos lectores son los que son capaces de abandonar un texto, es más, los que no pueden impedirse dejar de leer cuando el texto se hace ingrato, aburrido o falto de vida. También me atrevo a decir que sólo es un buen lector el que lee con interés y con pasión, y que en cambio es un mal lector el que sigue leyendo cosas que no le interesan, que no le resultan necesarias y que no deriva de la lectura el menor placer. La lectura como mortificación no hace seres felices, y el principal objetivo de la lectura es la felicidad. Por eso, enseñar verdaderamente a leer, es enseñar a disfrutar la lectura.

Muchas veces oímos preguntar para qué sirve la lectura. Yo ahora voy a atreverme a decir que la lectura sirve para muchas cosas, pero que sería maravilloso que la lectura, siquiera por momentos, no sirviera para nada. Porque servir para algo supone siempre una finalidad exterior al hecho mismo: trabajo para subsistir, estudio para superarme, camino para llegar, busco para encontrar. Pero qué bello oír decir de pronto a alguien: "Busca por el placer de buscar, no por el de encontrar". Qué grato oír, incluso en una canción popular, "Vivir para vivir, / sólo vale la pena vivir/ para vivir". Porque esta época ha empezado a dudar de esa gran disociación entre los medios y los fines que fue el fracaso de nuestra civilización. No nos proponían que hiciéramos el bien por el placer de hacerlo, por la íntima satisfacción de hacerlo, sino para merecer un premio ulterior. No nos proponían que esquiváramos el mal, la crueldad, la sordidez, por el gozo de abstenernos de la crueldad, por la belleza intrínseca de no condescender a la infamia, sino por evitar un castigo ulterior. Así, las acciones no parecían tener un valor y una utilidad en sí mismas sino como medios para obtener unos beneficios o esquivar unas incomodidades futuras.

Ahora sabemos que hay que valorar las cosas en sí mismas. Por eso repito: leer puede servir para muchas cosas; puede darnos información, puede ayudarnos a comprender el mundo, puede ayudarnos en nuestra formación para alcanzar tal o cual propósito, pero en rigor, éstos son beneficios secundarios de la lectura. Leer es en sí mismo un placer tan grande, un deleite a la vez sensorial e intelectual tan rico, es algo que confiere tal intensidad a nuestro presente, que pone en acción de un modo tan enriquecedor nuestras facultades, que deberíamos considerarlo como un fin en sí mismo, o mejor aún, como un deleite superior a los resultados que se obtengan con él. Es a eso a lo que yo he llamado en el título de este texto El placer que no tiene fin, aliando a la vez dos sentidos de una palabra: que puede no tener un fin exterior a sí mismo y que puede ser evidentemente inagotable. No es necesario asignarle fines exteriores. Los resultados provechosos llegarán por sí mismos, pero deberían estar subordinados al goce de la lectura y a las tensiones estéticas e intelectuales que la lectura ejercita y resuelve.

En eso, una vez más quisiera comparar a la literatura con la música. Quien escucha música para algo, no la escucha plenamente. Sólo lo hace quien la escucha por la pasión de hacerlo, porque la disfruta, porque la necesita, porque es parte de su vida escucharla. Además, como tanto se ha dicho, la música destruye el principio de que las cosas existen para un desenlace. Quien oiga música esperando un final, se habrá perdido la sustancia de cada instante. Porque la música es cada instante aprender a oír música es aprender a reconciliarse con el paso del tiempo, amar lo que existe y huye; recibir lo que viene, para lo cual es necesario continuamente despedir lo que pasa. Y claro, con los libros, como con la música, siempre podemos volver a empezar. Yo diría que si bien hay muchos libros que nos dan su tesoro una vez y ya no reclaman de nosotros repetición alguna, los mejores libros son aquellos a los que siempre queremos volver, de los que no podemos decir que ya los conocemos, a los que siempre

estamos conociendo.

Ése es uno de los grandes misterios del arte, un misterio que el arte comparte con la naturaleza. Cuando alguien dice: «Ven, vamos a ver salir la luna llena», uno normalmente no responde: «Yo ya la vi salir el año anterior.» Uno corre a verla de nuevo como por primera vez. Y no decimos: «Yo ya vi el mar, ya vi las estrellas, ya vi una vez el atardecer». Volvemos al mar «que siempre recomienza», volvemos a la primera estrella como si fuéramos el primer ser humano que la mira, volvemos al atardecer, como decía Borges, como si el secreto intacto que arde en él por fin estuviera a punto de ser revelado. Así son el arte y la música y la literatura. Claro que es un goce ese libro que nos recomiendan, que no hemos leído y que empieza a perfilarse como una promesa. Pero tal vez los mejores libros son aquellos que, leídos muchas veces, siguen siendo una promesa para nosotros.



ACTIVIDAD

I. MOMENTO DE LECTURA LITERAL: dada la estructura argumentativa del texto, extraiga las palabras claves y enumere las ideas centrales que lo estructuran.

Nota: para resolver la instrucción 3 es recomendable que se realice una lectura previa de acercamiento y una más para resaltar las ideas importantes. Esto le permitirá seleccionar la información y aprender a identificar los componentes fundamentales de este tipo de textos.

II. MOMENTO DE LECTURA INFERENCIAL: extraiga dos o tres frases con sentido completo que le hayan impactado y realice una reflexión personal, que le permita relacionar aspectos esenciales del texto con su vida personal.

III. MOMENTO DE LECTURA CRÍTICA: ¿Qué importancia tienen los libros y la lectura para el autor de este texto? Tenga en cuenta algunas citas del texto para articularlas a su ejercicio de reflexión.

METODOLOGÍA DE LA EVALUACIÓN:

- Lea atentamente la guía y organice sus ideas antes de escribir.
- Realice la actividad con su puño y letra.
- Tenga cuidado con la ortografía, la redacción y el orden de su trabajo.
- El trabajo se presenta en hojas de block sin rayas y con una margen imaginaria de 2 cm a cada lado.

RECURSOS:

- Cuaderno de filosofía.
- Documento impreso.
- Hojas de block sin rayas.
- Lapicero negro para la presentación adecuada del trabajo.

OBSERVACIONES:

Para asignar la nota de este plan de mejoramiento, se debe realizar la respectiva sustentación. Recuerde hacer el trabajo a conciencia y con la mejor actitud.

FECHA DE ENTREGA DEL TRABAJO**FECHA DE SUSTENTACIÓN****NOMBRE DEL DOCENTE****FIRMA DEL DOCENTE****FIRMA DEL ESTUDIANTE****FIRMA DEL PADRE DE FAMILIA**